

PALABRAS PRESIDENTA DE LA CNDH

Ciudad de México, a 07 de julio de 2022

PALABRAS DE LA PRESIDENTA DE LA CNDH, ROSARIO PIEDRA IBARRA, CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN “70 AÑOS DE LA MASACRE DE HENRIQUISTAS EN LA ALAMEDA”

Buenas tardes a todas y todos:

Es este un acto de memoria histórica. Memoria que implica recordar, rescatar del olvido, y sobre todo reivindicar un momento histórico invisibilizado por años, pero fundamental para entender lo que vino después, y lo que somos hoy.

En este mismo sitio, hace hoy 70 años, fue escenario de una de las matanzas más sangrientas y más olvidadas de nuestro pasado, "uno de los hechos menos documentados y más oscurecidos de nuestra historia reciente", como decía Como dijo Francisco J. Mújica, quien citaba la cifra de 500 muertos, hombres, mujeres, adultos mayores y niños, que el 7 de julio de 1952 estaban festejando la victoria de su candidato presidencial, Miguel Henríquez Guzmán, sobre el candidato oficial, y fueron masacrados en estas mismas calles, por los granaderos, las diferentes policías, agentes de la Dirección Federal de Seguridad, y el Estado Mayor Presidencial. Un formidable aparato represivo dirigido desde Palacio Nacional, que fue muy eficaz no sólo para orquestar la matanza sino también para asesinar la democracia.

Hay sobrevivientes que todavía recuerdan la avenida Juárez y las calles adyacentes, sembradas de cadáveres que al día siguiente simplemente ya no estaban, ya no existían.

Esto fue así, porque los cuerpos de los caídos fueron apilados en este lugar, que en 1952 era un callejón, recogidos y transportados por camiones de Sanidad Militar y llevados al Campo Militar Número 1, donde fueron cremados y desaparecidos. Fue la primera ocasión en que se dió esta práctica que luego veríamos repetirse en otros lamentables eventos represivos.

¿Cuál fue el delito de los henriquistas? Pretender ejercer su derecho de manifestación y de reunión, creer que en México existía la democracia y que se respetaba el voto. Por eso fueron asesinados aquí. Y por eso los borrarón de la historia. Pero también por eso es tan importante rescatarlos de la desmemoria, y traerlos al presente.

Miguel Henríquez Guzmán fue un general revolucionario, escoltó a Madero, luchó con Carranza, fue un leal colaborador de Lázaro Cárdenas, que creía que México debía cambiar y que en 1952 eran reales las elecciones. Se ajustó a todas las reglas. Creó un partido y obtuvo

su registro oficial. Sumó apoyos como candidato y formó la primera coalición de partidos de izquierda, defendiendo una plataforma avanzada. Hizo campaña, recorrió todos los estados despertando simpatías y esperanzas. Su oponente, el candidato del sistema, era Adolfo Ruiz Cortines. Pero llegó la hora de las elecciones y el fraude se impuso por sobre la voluntad popular, y entonces inició la más feroz represión que recuerde nuestra historia reciente contra ciudadanas y ciudadanos por el sólo hecho de pertenecer a un partido.

Represión que duró más de 10 años. Los encarcelaban por pintar la “Hache” de Henríquez en las calles, o por repartir su periódico. Los acusaban de “agitadores” y de “comunistas”, y por eso los mataban y los desaparecían. Hubo una época de esos años, allá a principios de 1954, en que todos los días aparecía asesinado un henriquista, lo fusilaban y lo iban a tirar a la carretera a Cuautla, como escarmiento. Las primeras víctimas de desaparición forzada que se ejercieron de manera sistemática, fueron henriquistas. A algunos se les encontró, de otros muchos no se volvió a saber nada.

Qué mejor lugar que éste para hablar de desaparecidos. Pero aclarando que no hablamos solamente de los desaparecidos físicamente, sino de lo que han querido criminalizar caracterizándolos de delincuentes, o peor, de los que han querido borrar para que los olvidemos, que es tanto o más grave, porque esa es la peor condena que se puede hacer a todo un pueblo: la desmemoria.

La desmemoria es como un cáncer, porque va de la mano de la ausencia de justicia y del ocultamiento de la verdad. Empeño tan imposible como estéril porque como decía Eduardo Galeano, “no se necesita ser Sigmund Freud para saber que no hay alfombra que pueda ocultar la basura de la memoria”.

Bueno, pues llegó la hora de barrer nuestra basura. La que generaron malos presidentes, malos funcionarios, malos soldados y malos policías, cuyos nombres deben desaparecer de nuestras calles y constar, para siempre, en el muro de la ignominia.

El único antídoto contra la desmemoria es la justicia. Por eso clamamos desde hace años, y seguimos clamando, para que venga la justicia, para que acabe la impunidad y se nos diga quienes, y qué hicieron con nuestros hermanos, con nuestros padres y madres, con nuestros compañeros.

Sabemos que hay resistencias, y es natural. Sabemos que no será fácil y que no podemos confiar en nadie. Sólo en el pueblo, y en su capacidad de hacer que las cosas pasen. Las más difíciles, las más extraordinarias.

No vamos a ceder. Confiamos, como confiaban los henriquistas, en que al final, la verdad se abrirá paso y el pueblo sabrá imponerse. Y entonces se levantarán los monumentos que haya que levantar a las víctimas, que sabemos quienes son, igual que se sabrá evitar que se

levanten monumentos a quienes nunca dejarán de ser los perpetradores, así hayan caído en sus “heroicas” acciones, que no merecen otro nombre que el de crímenes de lesa humanidad.

Desde la Comisión Nacional de los Derechos Humanos estamos trabajando para que todo eso sea una realidad. Lo lograremos, de la mano de las víctimas, defendiendo al pueblo. Y proclamando la única verdad: que en México no hubo Guerra Sucia, sencillamente porque la represión que vivimos aquí por décadas, era eso, represión, violencia de Estado, ordenada por los presidentes. Nada tenía de guerra porque era desigual, y era contra todos los disidentes del régimen. De un lado, los que soñaban y luchaban por los cambios, del otro, los que se negaban a cambiar, y se sostenían en un aparato de represión y de terror con todos los recursos económicos, políticos, económicos, militares, policiacos y mediáticos.

Que no se equivoquen los que quisieran jugar con las esperanzas de quienes seguimos buscando la justicia para nuestros desaparecidos: si no nos engañaron los maestros del engaño y la manipulación, menos habrán de engañarnos quienes nos quieren divididos y enfrentados para seguir aplazando la transformación.

Que no se apele a la reconciliación como el último recurso de la desmemoria. La reconciliación es un proceso. A fin de cuentas, la transformación de este país se habrá de dar porque la anhela el pueblo, y con ella vendrá también el advenimiento de la justicia y la verdad, que son el único camino válido y ético, para poder llegar a la digna reconciliación, la que merecen nuestras víctimas.

Muchas gracias.